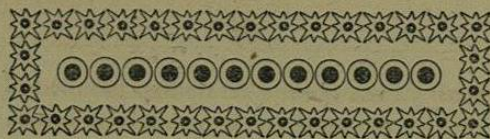


tual; ya sea porque "el tiempo pasado fué mejor," ó porque en la realidad hayamos alcanzado época menos bonancible que nuestros abuelos.

En suma, por su estilo castizo y elegante, por la cantidad asombrosa de noticias que contiene y por el espíritu noble que la anima, la Memoria merece que el público confirme con su aplauso el dictamen de los doctos examinadores de los trabajos que se presentaron al concurso literario y artístico.

Para Santoscoy parece que se escribió aquella frase que el egregio Menéndez Pelayo aplica al autor de una obra famosa ha tiempo publicada en España: "Ha hecho un libro. ¡Dichoso quien pueda decir otro tanto!"



## "SUPREMA LEY"

POR

DON FEDERICO GAMBOA.



I he de confesar la verdad, Don Federico Gamboa no me era simpático como literato. Su libro *Del Natural*, me parecía una tentativa, por cierto no siempre lograda, de principante que ofrecía esperanzas; sus *Apariencias* se me antojaba una novela traducida y arreglada, como antaño se arreglaban los dramas y comedias, á la escena mexicana; sus *Impresiones y Recuerdos*, en que el autor da cuenta y razón de la época en que fumó su primer cigarro, del color de los ojos de su primera novia, de la palmeta con que el maestro corrigió sus deslices escolares y de otras cosas así de interesantes, me hacía la impresión de un alarde inmenso de egolaría en que exhibía el escritor sus *res et gesta* con la puntualidad conque un Goncourt ó un Daudet podían dar á conocer cuanto en la vida han ejecutado.

Así, pues, me sorprendió agradablemen-



mente, constituyó una especie de revelación, su nuevo libro, *Suprema Ley*, de una verdad tan admirable, tan vívido, tan pasional, tan lleno de ese realismo de buena cepa que hace durar las obras no en el escaparate del librero, sino en el estante del literato y en la memoria del amante de la belleza.

Si no se viera en el remate del volúmen la fecha en que este empezó y concluyó, se creería que había brotado de una vez, como improvisación espontánea, como obra de momento en que ni el arte, ni las torpezas de la ejecución, y las imperfecciones de detalle habían tenido qué ver.

No hay en la novela un tipo ocioso, ni un incidente inútil, ni una página que no conspira al resultado de la acción y que no tenga relación con el desenlace. Vamos, hasta las descripciones, en que nuestros novelistas son tan pródigos al grado de aglomerarlas sin discreción, en *Suprema Ley* son sólo maneras diferentes con que el sujeto es impresionado por la realidad. En la obra de Gamboa, Belen, el Teatro y la Alameda —sobre todo la Alameda— desempeñan el papel del coro en la tragedia griega.

Los caracteres son de un *verismo* encantador, al grado de que cuando pasa algún espacio de la lectura podemos pensar que hemos topado, visto y hablado á los actores. Ortegá es un vicioso que to-

dos

dos conocemos, Clotilde, una pérdida con disfraz de santidad, una ramera-nata que vino al mundo para perdición de los humanos, Berón, Holas y hasta el Comendador y Don Francisco están respirando vida, están llenos de encantador y noble realismo.

Alguien afecto á encontrar parecido entre lo antiguo y lo nuevo, cree ver semejanza entre el Dr. Pascal, el sabio de los Rougón Macquart, y el pobre escribientillo de juzgado, entre la Clotilde de Zola y la Clotilde de Gamboa, entre la primer noche que unidos pasan los amantes y la primer noche de Laurent y Teresa Raquin, entre la criada cuyo tipo apenas se esboza y la Juliana Conseiro Tavira de Eça de Queiros.

Existirán ó no esas coincidencias, pero de ellas no puede hacerse cargo á Gamboa: pintó la realidad y la realidad pintaron los otros novelistas, y no hay cosa que más se parezca á sí misma que la verdad.

No posee Gamboa lo que yo llamaría facultad de lo épico, es decir, la facultad de describir la naturaleza exterior como Delgado, por ejemplo; tampoco tiene, como de Campo, el privilegio de guardar estereotipados en su memoria frases y gestos; no encierra en fin, la nota cómica como esos escritores y como la tuvo Cuéllar; es, ante todo y sobre todo, un analista, un disector de almas que ve al

fon-



fondo de los corazones, que busca solo la concupiscencia que deshonra, la bajeza que mata, el odio que horroriza. Por esto en mi parecer no será popular nunca, mientras sus regocijados cófrades tendrán prosélitos y amigos mientras escriban.

No quiere esto decir que su libro carezca de tipos simpáticos. Prieto es un truhán de muy buena sombra, Chucho un marmolillo apreciableísimo, Don Eustaquio, aunque algo melodramático y aunque algo se despega de aquella colección de seres de carne y hueso, es la providencia que, vestida de saco de dril y modelando barro, aparece para dar solución al conflicto; pero sobre toda la familia Ortegale es de lo mas tierno y delicado que aquí se ha descrito. Podrían autorizarla con su firma Lamartine y Daudet, si Daudet y Lamartine se hubieran dedicado á pintar tipos mexicanos de casa de vecindad.

No cabe duda, el mundo de Gamboa á manera del de Carlyle, es un montón de fango fétido cubierto por una atmósfera de plomo, en donde se escuchan solo ayes y gritos de desesperación; pero como en la terrible imaginación del pensador britano, surcan el cielo de esa gehena rayos de filantropía que infunden consuelo y resignación.

En suma, *Suprema Ley* es un gran acierto, un acierto que vale por muchas caídas y con ella el Sr. Gamboa se ha colocado entre los primeros novelistas mexi-

ca-

canos —no el primero de todos, porque para mí Delgado y *Micros* tienen también sitio preferente.

Aquí debería terminar este artículo; pero no manifestaría del todo mi sentir si no dijera cuánto me extrañan y cuánto me duelen en el Sr. Gamboa descuidos enormes de lenguaje, impasables en cualquier escritor. Giros, frases y construcciones mexicanos, voces provenientes del francés y del inglés, pero sin desbastarse todavía ni adquirir carta de naturaleza, y sobre todo un estilo cortado, premioso, lleno de anfibologías y de defectos, apartándose á leguas de la cadencia, la rotundidad, la amplitud y la majestad del período castellano, abundan en el nuevo trabajo.

Si el Sr. Gamboa estudiara los escritores españoles como de seguro ha estudiado á los franceses, qué cosas tan bellas diría, qué hermosos resultarían sus libros. Cumplirían á maravilla la frase del Venusino: *mens sana in corpore sana*.

Esto por lo que toca á la forma; en lo que se refiere al fondo, encuentro muy poco natural, falto de toda explicación, que Don Agustín Granada, el padre de Clotilde, que es de suponerse no hubiera tomado lenguas en el juzgado, ni visto á su hija, ni dádose á conocer de sus amigos, ocurriera á la extraviada casa del escribientillo á encomendarle, como quien dice nada, el cuidado y la custodia de la

10

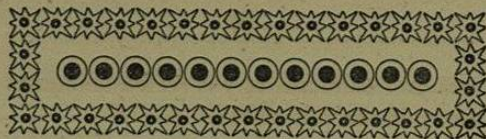
pre-



presunta delincuente y el recibir las sumas que enviaba á la dama.

Y como en el curso del libro no vuelve á hacerse mención de la amistad entre Julio y Don Agustín, ni se hace saber qué impresión sufría aquél al tocar las cantidades con que el viejo marino subvenía á las necesidades de la pareja, temo mucho que el autor haya olvidado detalle tan importante.

Pero estos reparillos no valen la pena si se toman en cuenta los inmensos méritos de *Suprema Ley*, que es, en mi opinión, la obra que marca la época de auge del talento del distinguidísimo artista, á quien de todo corazón envío mi afectuosa enhorabuena.



## DON ANTONIO DE LA PEÑA Y REYES.

A PROPOSITO DE SU LIBRO  
"MUERTOS Y VIVOS"

**C**RITICOS á lo Valbuena, que tengan por oficio destrozár reputaciones, derrocar famas bien sentadas, cazar ripios y gazarpos reales ó imaginarios y destrozár talentos en capullo, abundan en nuestro país "como en sombrío matorral los hongos"; pero críticos como Antonio de la Peña y Reyes, serios, instruidos, con preparación previa, amplia y completa, con talento claro y sagaz, animados de noble entusiasmo por la belleza, dotados de un gran fondo de rectitud, son tan contados y hacen tanta falta que valdría la pena rogar al genio ó deidad que en estos asuntos entiende, nos trocara por unos cuantos de tal laya á todos esos *braví* que con el chapeo calado y en la mano la na-  
va-



vaja de Albacete, se han metido de rondón al templo del dios de Claros.

Al hablar de libros como "*Muertos y Vivos*", que así se llama la última colección de artículos que acaba de publicar el Sr. Peña, se siente fácil la pluma y tranquilo el ánimo. Escritos día á día, destinados quizá á vivir tan solo la vida pasajera del periódico político, tienen un doble valor: por una parte demuestran la habilidad del autor, que con cuatro rasgos maestros da su opinión, siempre autorizada, sobre el tema literario de actualidad, en estilo gallardo, clarísimo y exento de galas importunas; y por otra y en virtud de su carácter informativo, están destinados á guardar mucho que sin ese auxiliar indispensable de seguro se olvidaría.

Así se conservará el recuerdo de Carlos López, un ilustre desaparecido que no sintió en vida el aura popular y que quizás desde su tumba espere, como Stendhal, la justicia de los pósteros; así se guardará memoria del culto que la juventud tuvo por Altamirano, y esa faz tan importante de la obra del grande hombre será apreciada por nuestros sucesores; así, en fin, libros y autores que como por incidencia cita el Sr. Peña, serán estudiados y examinados cuando haya quien se preocupe de averiguar lo que en materias literarias se conocía en nuestra época.

Aquí de ordinario no se escriben sino apologías y diatribas —apologías de las obras

obras de los amigos; sátiras de las producciones de los contrarios; — pero libros en que se trasparente el juicio sano, el deseo de hacer justicia, el propósito de decir la verdad, no salen á luz sino de vez en cuando; que al fin, como pueblo nuevo, de sangre latina y de carácter ardiente, los mexicanos no comprendemos el elogio sino cuando á golpes de incensario tiznamos la cara del ídolo, ni quedamos satisfechos de la censura sino cuando caemos en la grosería chabacana ó en el chiste inurbano y descomedido.

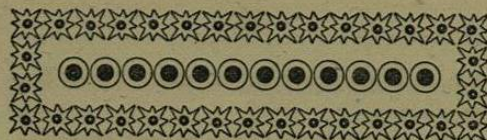
Peña no es así; tiene sus predilecciones, goza alabando las obras de sus amigos; pero ni mira como impecables á sus ídolos ni cree que la amistad se extinga por el hecho de no considerar astros de primera magnitud á todas las gentes que saludamos.

El joven crítico escribió hace años un libro que puede servir como punto de comparación respecto del que ahora publica: hay en él la misma buena fe, la misma honradez, el mismo entendimiento sano, la propia justeza en los pareceres que sorprenden en "*Muertos y Vivos*"; pero, en cambio, el estilo, que en aquella época era un sí es no es desmayado, se ve ahora lleno de vida y de verdad, como si se le hubiera transfundido nuevo y generoso espíritu, como si en la lucha hubiera adquirido esa fuerza que solo consiguen los privilegiados que no se enervan



van en el combate ni se desvanecen con los elogios.

Y eso que noto ahora en una colección completa de artículos, es igualmente palpable en cada trabajo de Peña, por insignificante que sea, pues parece que para el joven censor se hizo aquella frase del Júpiter de Weimar. "Como la estrella, lentamente y sin apresurarse, pero marchando siempre hacia adelante."



## DON RAFAEL DELGADO.

**U**ERDAD innegable, cuyas causas dejo que investiguen quienes tengan tiempo y vagar suficientes para ello, es que mientras nuestra poesía se ha consagrado á revolver Roma con Santiago luciendo por toda gala el decir en lenguaje sibilino razones destiladas por alquítara, la novela ha medrado grandemente y en pocos años puede presentar ya modelos que compiten con lo mejor del género en cualquier país.

Iniciaron ese movimiento verdaderamente fecundo y duradero las obras de Sancho Polo, preciosos estudios que sucedían á las caricaturas de Facundo y á los romanticismos de Castillo, Orozco y Berra y Díaz Covarrubias; siguiéronlas los cuadros de Micrós, el pintor que mejor ha sorprendido en las escenas de la tierra la luz y el espacio, la línea y el colorido; y como efecto de mágica evocación apa-  
re-



recieron Rivera, Alba, Leduc, Tablada y Puga y Acal. ¿Qué más? Los mismos que en verso hacen ó aplauden las mayores demasías, cuando se calzan el zueco vulgar llegan á realizar tales aciertos, que todo el mundo se pregunta sorprendido cómo es posible que quien acaba de encontrar algo personal, íntimo y vibrante, se despeñe á poco andar en el abismo de la afectación y del mal gusto.

Amado Nervo, que en su "Bachiller" nos pintó escenas dignas de la pluma de Ferdinand Fabre, en sus "Místicas" acertó por excepción con una nota honda y potente; Olaguibel, poeta de verdad, lo es más en su novelita "Pobre Bebé" que en algunas rimas de su "Oro y Negro"—muestra de estilo *voulu* y amanerado; Ceballos, —á quien nadie puede negar la posesión de un léxico rico y elegante y de un estilo propio— y Couto con sus tremendas y desarregladas imaginaciones, tienen en sus premiosas y trabajadas obras más de un cuadro que refleja la vida y la verdad.

No parece sino que el verso es como los dones diabólicos, que trastornan y enloquecen á quien pretende poseerlos, y la prosa droga benéfica que sana mejor que el eléboro de tres Anticiras. Nadie se ha conservado, en verdad, más distante de ese contagio que Rafael Delgado, prosista cuyos méritos han opacado los que de poeta podía ostentar— con ser estos múltiples é importantísimos.

x

Roberto de la Sizeranne comienza así un estudio reciente acerca de Puvís de Chavannes: "En una columna antigua que se guarda en Roma, se ve lo siguiente: una rama de yedra trepa desenvolviéndose, se divide en dos porciones que vuelven sobre sí mismas en la forma propia de los caduceos; y cruzándose y separándose de nuevo, sin cambiar su arabesco, se torna esa yedra en laurel, que, á su vez, ascendiendo más alto, se trueca en rama de encina. Y se sueña en una vida que, sin cambiar de rumbo ni de dirección, fuera primero fiel como la yedra, gloriosa luego como el laurel y concluyera por producir al ánimo la idea de fuerza como la encina."

Tal es para mí el símbolo de Rafael Delgado: fiel al arte como la yedra, glorioso por el arte como el laurel, fuerte por el arte como la encina.

Cuando vimos aparecer "La Calandria" en las páginas del único ensayo de revista que en el país se ha hecho, todos nos preguntamos quién era el advenedizo que sin antecedentes ni consecuentes pretendía lo que tantos otros no habían logrado hasta entonces: hacer una novela netamente nacional, en que la intriga fuera perfecta, en que los tipos no resultaran ni caricaturescos, ni desmayados, ni flojos, ni faltos de verdad; en que el



cuerpo y el alma, la forma y el fondo estuvieran compenetrados y confundidos de manera de constituir el todo armónico que el artista desea siempre para su obra.

Y "La Calandria" cumplió todas las promesas, sobrepasó á todas las esperanzas, se conquistó todas las admiraciones.

×

Si se me preguntara quién, de entre los artistas mexicanos, posee más claramente caracterizado lo que Nietzsche llamaba la embriaguez apolínea, esto es, la que produce la irritación del ojo otorgándole la facultad de la visión estética, contestaría que ese artista es Rafael Delgado.

Sus percepciones, lo mismo de seres que de sentimientos, tienen como distintivo la fuerza y la plenitud; su ideal artístico se manifiesta, como decía el amigo de Wagner, por una formidable expulsión de los caracteres principales del objeto, de manera que los otros rasgos del mismo desaparecen.

Poco he visto mejor, más claramente pintado que el camino de Pluviosilla á Xochiapan, que el panorama de Villaverde, que la cena de Noche Buena relatada en "Angelina," y sobre todo que ese espléndido patio de San Cristóbal, proveniente del en que Monipodio imperaba, del mesón del Sevillano ó de las almadras

bas

bas del Zahara, "finibusterre de la picaresca."

¡Y los personajes! Oh, los personajes se atropellan y saltan por salir y mostrarse al espejo del entendimiento, todos exactos, todos completos, todos con encantador y sin igual relieve. Malenita pasea de bracero con Muérdago; Arturito aparece puliendo espínelas chirles; Jurado escribe *petrínsmos* y *paulínsmos*; Linilla cultiva sus flores; y Lolita y Alberto Rosas, y Tacho y Enrique y Rodolfo viven en nosotros, los vemos diariamente, son carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos. Y es que Delgado, á semejanza del prosista Melo, ha deseado mostrar los ánimos, no los vestidos de seda, lana ó pieles.

Algunas veces es triste, ya que "no hay modo de referir tragedias sino con términos graves" y que "es condición de las llagas no dejarse manejar sino con dolor y con sangre;" pero esto pasa pocas veces y el poeta vuelve luego á su apreciación suave y honrada del mundo. Ni aun para Rosas, el seductor, tiene censuras acres ni calificativos destemplados; casi podría creerse que lo absuelve, que lo explica como producto del medio, de la inercia de los individuos de su clase, de la admiración que produce el dinero en pueblos tan jóvenes como el nuestro. A don Eduardo lo retrata en cuatro pinceladas maestras, como el prototipo de los

bur-



burgueses indígenas que, como dice Carlyle, respetan más que nada el bolsillo, esa glándula pineal de la existencia común; y que, como los gatos de la fábula, juzgan caso de conciencia el comerse el asador cuando han devorado ya el pollo. Dibujó con positivo cariño, con paciencia de pintor flamenco al Licenciado Castro Pérez, picapleitos, pedantón, cerebro lleno de *Labyrinthus creditorum*, de Conde de la Cañada y de Solórzano, y vacío de seso y de buen sentido y al lado suyo puso á sus hijas, dos solteronas malas, pero no pervertidas, deseosas de casorio, pero no de infamia.

El gran mérito de Delgado estriba para mí en haber descrito admirablemente la vida de las poblaciones cortas con sus chismes, sus rivalidades, sus fiestas y sus tristezas. Yo encuentro á Villaverde (perdóneme Galdós) más cierta que á Orbajosa, más llena del tinte de realidad que ella, porque Orbajosa es la población española de corto vecindario, y Villaverde es un lugarcillo mexicano que el autor conoce y en que de seguro ha vivido.

×

Al hablar de un escritor de la talla de Delgado, disertador, insigne analista, hábil y entendido psicólogo, no se puede pasar por alto su estilo limpio, terso, elegante, tan lejano de los primores de ciertos hablistas que se quiebran de

su-

sutiles, como del descuido de otros que pasan de llanos á pedestres y que se venden por artistas de ley.

Delgado, que por fortuna no se cuenta en el número de los que creen que estudiar español en francés es procedimiento digno de loa, y que se niegan á conocer y saborear á los grandes autores peninsulares so pretexto de que los clásicos *habent virtutem dormitatívam* y que los modernos no están de moda en París, maneja incesante y amorosamente los libros de sus escritores favoritos, los maestros del idioma. A él podría, en otro sentido, aplicarse aquella comparación del poeta Chénier que Menéndez Pelayo toma para Fray Luis: como la espartana, que junto al lecho en que se hallaba próxima al parto colocaba las más hermosas y acabadas imágenes de dioses para apacentar su vista en ellas y hacer que de su vientre salieran frutos que emularan los dechados de belleza y fuerza antiguas, Delgado tiene siempre á la vista y en el oído aquellas cláusulas tan sonoras y tan artísticas, tan armoniosas y tan ricas de color.

Así es como se ha adueñado ese estilo brioso y suave, lleno de fuerza y lleno de gracia, elegante y cercano á la prosa ideal —pues con dificultad se concibe cómo se pueda dar idea de los objetos con menos palabras y cómo esas palabras estuvieran mejor colocadas.

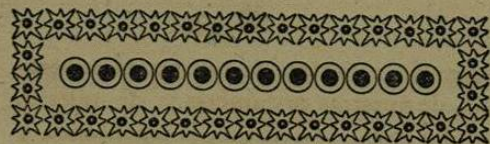
Literatos como Delgado sí pueden

sa-



sacar de la cantera de nuestra idiosincracia, de nuestras costumbres y de nuestro medio social, lo artístico, lo espontáneo y lo propio.

Y si la juventud quiere un modelo que seguir, que busque al ingenio cuya vida es fiel como la yedra, gloriosa como el laurel y fuerte como la encina.



## DON CARLOS DIAZ DUFÓO.

**C**REO firmemente que el periodismo doctrinario, con sus editoriales serios como colchones, sus tratados breves acerca de la soberanía, de las funciones del poder público y de las relaciones entre el Estado y la iglesia —tomados directamente de Burlamaqui ó de Prisco— y sus artículos tediosos, blancos ó negros, opositoristas rabiosos ó gobiernistas á *outrance*, está mandado retirar y que no resucitará nunca; pero, en cambio, creo también que el periodismo actual, en que el reporter es el árbitro que manda y gobierna, que dispone y usufructúa, no puede durar ni lo que la verdura de las eras. En esta materia más que en ninguna otra podemos decir que tras la acción ha venido la reacción: después de los articulazos de  
Mar-



Martínez ó de Zarco ó de Aguilar y Marrocho, repletos de erudición, de citas, de razonamientos y de teoría, hemos llegado á los reportazgos en que se agotan las minimeces, se menudean los detalles y se puntualiza lo más insignificante con el primor con que aquel mal escultor del ejemplo clásico esculpía en la estatua uñas y cabellos. Y gracias que la fiebre va cediendo y que el pujo de dar mejores y más completas reseñas se va moderando, pues á la fecha ya solo como reliquia se guardan aquellos planitos que señalaban el rastro de sangre que había dejado la víctima ó el camino que había recorrido el asesino, y aquellas descripciones de jurados en que se contendía sobre si el inculpado llevaba en la camisa pechera de hilo ó de algodón. Pero afortunadamente en esta materia, como dice el axioma de Lavoissier, nada se pierde... aunque muy poco se crea. Tras las exageraciones de los pedagogos y los excesos de los noticieros vendrá la síntesis, y veremos imperar el verdadero periodismo, el periodismo que forma la opinión, que alza y derriba gobiernos, que hace triunfar teorías sanas, que es, en suma, el dueño de conciencias y de voluntades —y ese periodismo estará igualmente distante del que ejercían los que empuñaban la férula del dómine y del que ejercen los que para emular al primo que describió Cervantes tratan de declarar quién fué el

prí-

primero que tuvo catarro en el mundo y quién el primero que se rascó la cabeza. Y ese periodismo, que enseñará, porque al fin y á la postre quitaríamos su función más hermosa á la hoja impresa si le quitáramos la tarea de difundir y extender nociones, y que describirá cosas y sucesos coetáneos porque no es el libro ni la enciclopedia, será antes que todo ameno, y como ameno, literario.

x

El precursor de esa tendencia armónica lo es, en mi opinión, Don Carlos Díaz Dufóo, uno de los escritores más elegantes que haya en México.

Crítica literaria, crítica teatral, editoriales tendenciosos, trabajos de vulgarización científica, *ltds* melancólicos, cuentos delicados, novelas cortas, todo lo ha escrito Díaz Dufóo, pudiéndose asentar como verdad innegable que si ha sido más ó menos afortunado en la elección de sus asuntos no ha sido nunca fastidioso al desempeñarlos.

Pero sí ha desflorado esas y otras cosas por complacer al público, que sin cesar pide

cuanto pueda inventar la fantasía  
en concebir delirios eminente,

su aptitud, su verdadera aptitud es sin duda el humorismo, esa sátira triste, esa ráfaga de sol en la llovizna, grata á los



septentrionales y punto menos que incomprendible para nosotros.

Muchas de sus revistas, de sus "luces de bengala," de sus artículos de todas clases tienen esa seriedad cómica, esa formalidad chistosa, ese regocijo terrible que sentiría quien llevara las entrañas traspasadas por un puñal buído y se chancera sobre su mala estrella.

Un amigo mío, cuyas opiniones me infunden tanto respeto que casi no me atrevo á discutir las, llamaba á Díaz Dufóo el *clair de lune* de Gutiérrez Nájera. No juzgo, ni mucho menos, acertada tal denominación; el gran Duque era un espontáneo, un bondadoso, un tolerante; reía de los defectos ajenos, de las maldades ajenas, de los dolores ajenos con risa compasiva y suave— como de quien embroma á un amigo diciéndole cosas punzantes mientras le da palmaditas en el hombro y le sonríe con faz dulce y cariñosa.

Díaz Dufóo es cáustico, es intencionado, es cruel. Toma á la risa por sorpresa; la acecha y la viola; como los viejos bíblicos, aguarda á que Susana se despoje del cinturón para atisbarla y gozarse en su desnudez, para analizarla y exponerla á la contemplación de los per-versos.

Su chiste es doloroso como el de Swift cuando proponía de la más lógica y discreta manera que se matara á los niños irlandeses para alimentar al resto  
de

de la población con bocados sanos, y alegaba su desinterés para que se tomara la medida dado que su hijo menor contaba ya nueve años y que su mujer había llegado á la menopausia; como el de Thackeray cuando presentaba al *galeongi* el trozo de endemoniado potaje y veía á su compañero el diplomático caer accidentado.

Pero esas ráfagas pasan y queda el escritor exquisito que dice todas las cosas con frase clara, comprensiva y justa, que no se extravía, que no se pierde, que no sufre eclipses ni olvidos y que posee las dos grandes fuerzas del periodista: una instrucción enciclopédica y una memoria á prueba de años y negocios.

Díaz Dufóo, burla burlando, ha enseñado más economía política, más filosofía de la historia, más arte de gobernar y más derecho constitucional que muchos editorialistas sesudos, que muchos autores de infolios que podían haber estampado en la segunda página de sus libros la frase de Cambronne sin que nadie se asustara ni pusiera por ello el grito en el cielo.

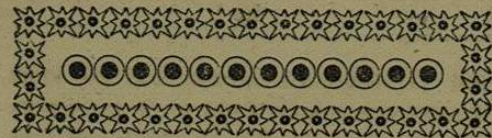
Nació periodista, y si el periodismo no hubiera existido aquí, habría habido que inventarlo para él.

No ha coleccionado sus artículos aunque alguna vez lo ha prometido y en verdad que ha tenido razón. ¿Qué va á dar á conocer si lo suyo lo conoce todo el mundo?



do? Y luego, sus trabajos, con alusiones á cosas y personas, á objetos y sucesos ya pasados y olvidados ya, ¿se leerán con igual interés que cuando respondieron á la necesidad del día, á la sensación del momento, cuando fueron la nota verdadera, oportuna é insustituible? De alguien más que de los cómicos y cantantes debía Musset haberse acordado cuando escribió sus estancias á la Malíbran. Los periodistas son también voces que se extinguen y que cuando hablan á un público distinto del que los escuchó pasan tan desconocidos como si fueran seres de otro planeta.

Pero lo que nunca pasará porque representa una época feliz de transición — de transición del periodismo vetusto al moderno, es la silueta simpática del autor de *En revenant de la revue* y de tantas dichosas é intencionadas creaciones.



## UN CRÍTICO NOVELISTA.

**U**NA y otra vez he leído la obra de don Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias*, y una otra vez he quedado suspenso de que haya quien considere á tan hábil escritor un novelador y un novelador modernista.

Hay en el nuevo libro análisis muy minuciosos que recuerdan, guardadas las debidas distancias, *La Pantalla* ó *El escrupulo* de Bourget; estudios pasionales muy discretos que traen á la memoria á Maupassant, á Hennique y al mismo Zola; y chanfarrinadas grotescas que á quien evocan es al finado, truculento é intolerable señor de Bouchardy.

¿Por qué, pues, el señor Ceballos pasa como novelista de los de la última empolladura? Averígüelo Vargas, que yo opino que todo proviene de la causa porque